

RÍO+20

DESAFÍOS Y PERSPECTIVAS

Nicole Bernex y Augusto Castro
Editores

Capítulo 2



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Río+20. Desafíos y perspectivas

Nicole Bernex y Augusto Castro, editores

© Nicole Bernex y Augusto Castro, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-12272

ISBN: 978-612-317-126-1

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500583

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

SOCIEDAD, ECONOMÍA Y ESPACIO TERRITORIAL. REFLEXIONES EN TORNO A LA POBREZA

Augusto Castro¹

Instituto de Ciencias de la Naturaleza, Territorio y Energías
Renovables de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Todos sabemos que la llamada globalización es principalmente un fenómeno económico y que la desigualdad es un fenómeno social. El desafío que se nos plantea es vincular estas dos problemáticas con el espacio territorial. Pero, hablar de territorio sugiere la idea de que las dinámicas económicas y productivas, así como las desigualdades sociales, se expresan en el espacio.

Nos parece, por ello, muy importante vincular estos tres asuntos: *economía, sociedad y espacio territorial*. No podemos pensar que estos no tienen vínculo ni relación; es claro que lo tienen y será tarea nuestra establecer la relación entre estos elementos para comprender adecuadamente el efecto de las prácticas sociales y económicas sobre el territorio y viceversa.

El tema que nos puede ayudar a apreciar esta relación es el de la pobreza. Primero, porque la pobreza tiene mucho que ver con la globalización económica en curso y la mala distribución de la riqueza. Segundo, porque la pobreza es una expresión nítida de la desigualdad social,

¹ Correo del autor: acastro@pucp.pe

fruto de sociedades desequilibradas y desiguales. Y, tercero, porque la pobreza está claramente espacializada y territorializada al estar estrechamente vinculada con el territorio.

Queremos, además, a partir de estas iniciales reflexiones, señalar nuestra hipótesis de trabajo: nuestra idea es que la pobreza —situación que como sabemos es un fenómeno de carencias económicas y de desigualdad humana— se incrementa en esta época con la variabilidad climática y con el deterioro de los ecosistemas que son afectados por los problemas derivados del calentamiento global, tales como la desertificación, el incremento de la contaminación ambiental, la presencia de desechos sólidos, la pérdida de la biodiversidad y el incremento de las enfermedades, entre muchos otros. El deterioro ambiental hace a los pobres mucho más vulnerables.

Estamos interesados, por cierto, en superar la idea que concibe a la pobreza desde solo el orden económico y el orden social. La pobreza, según la opinión de muchos especialistas depositarios de esta orientación, es aquella situación que le impide al individuo resolver de manera adecuada sus necesidades básicas y participar en la vida social. El pobre tiene que sacrificar necesidades básicas por cubrir otras necesidades que le son todavía más urgentes. En este escenario la condición de la pobreza expresa una situación de esclavitud. Como bien dice Amartya Sen, la pobreza es la más palmaria expresión de ausencia de libertad y expresa, sin duda, una clara muestra de injusticia.

Nos queda muy claro que esta mirada sobre la pobreza toma en cuenta exclusivamente el universo humano, la vida de la especie humana y la vida entre los seres humanos. No obstante la importancia que tiene esta definición, no aprecia en sus debidos términos la relación de la especie humana con el entorno, con el mundo natural. Solo se circunscribe al ámbito social, al ámbito productivo y a la decisión política de las comunidades humanas. Ciertamente esto nos parece que representa un límite en la comprensión del fenómeno de la pobreza. No apreciar los vínculos humanos con el entorno es realmente una limitación muy grave para los estudios sobre esta problemática.

1. LA SUPERACIÓN DE UNA MIRADA EXCLUSIVAMENTE ANTROPOCÉNTRICA

Efectivamente, en algún momento del desarrollo moderno, la especie humana creyó que estaba totalmente libre de su vínculo con el mundo y pensó que solo era *espíritu*, que era solo *conciencia subjetiva* y quizá que era solo pensamiento. La especie humana olvidó sus vínculos con el territorio y con el paisaje y cuán profundos han sido estos en su propia constitución. Si hay seres humanos diferentes solo se explica porque representan formas distintas de responder —a través del tiempo— al territorio y a los desafíos de la naturaleza.

El ser humano dejó de sentirse parte del mundo —es decir, mundano— y creó una distancia con la naturaleza. Dejó de sentirse un ser vivo al igual que otros de la naturaleza y se autoconvenció de que era solo conciencia. Esto se expresa en la distinción del sujeto con el objeto. Pero, podríamos señalar, sin ninguna duda, que como seres humanos expresamos en nosotros mismos que somos parte de la naturaleza. En realidad, nunca hemos dejado de serlo.

Si nos atreviéramos a ir más allá, es decir, a superar esta vieja distinción —aunque en realidad se trata de una moderna distinción epistemológica entre sujeto y objeto— apreciaríamos que no somos los seres humanos otra cosa que esa naturaleza viva y consciente de sí. Que somos naturaleza que se da cuenta que está viva. De tal forma que la afectación de ella es también una afectación a la propia condición humana.

Felizmente no todos los seres humanos dejaron de percibir el mundo como algo propio y ligado a su desarrollo. Miles de pueblos o etnias siguieron atados, vinculados, articulados a su naturaleza, a su entorno y a la vida que de ella y que con ella tienen. Incluso, en los pueblos de gran desarrollo industrial moderno —de los que podríamos pensar que la relación entre ellos y la naturaleza no existe— se sigue valorando el cosmos y el territorio — a través de sus tradiciones religiosas—, como es el caso, por poner tan solo un ejemplo, del shintoísmo en la cultura actual japonesa. Sin dejar de mencionar, por cierto, que han sido varios

países desarrollados los que han insistido de manera intensa en la defensa del medio ambiente en estas últimas décadas, como ha sido el caso de Suecia y de Alemania, entre otros.

El tema de los vínculos con la naturaleza pareciera un tema del pasado, pero no es así. Estamos convencidos, más bien, de que siempre fue y sigue siendo un tema de palpitante actualidad. Recordemos, por ejemplo, el papel que ha jugado el espacio territorial en las disputas nacionales modernas. Si estudiamos la formación de los Estados nacionales modernos nos daremos con la sorpresa del peso y la implicancia del sentido territorial que tienen los Estados construidos. Los Estados nacionales se han construido sobre espacios territoriales determinados y que son considerados *territorios patrios*, tratando, con ello, de identificar simbólicamente y ideológicamente la comunidad humana con el espacio. La *patria*, se dice en el Perú, es «la tierra que nos vio nacer». Y esta frase implica una suerte de vínculo inalterable entre espacio y comunidad humana.

Las disputas por el territorio lamentablemente siempre fueron el argumento que ha justificado la guerra entre las naciones. Una mirada a los motivos de las guerras nacionales en los últimos siglos puede dar cuenta de ello casi sin excepción. No es verdad entonces que el territorio no haya sido importante para los pueblos modernos. Bastante caro les ha resultado a los pueblos colonizados recuperar sus territorios y construir nuevos espacios nacionales. No nos puede llamar la atención, por ello, que las sociedades modernas se hayan mimetizado con el entorno y que este haya apuntalado y reafirmado la conducta étnica y social. Basta observar cómo muchos pueblos y sociedades contemporáneas se han colocado a sí mismos el nombre de sus territorios y basta observar cómo estos territorios han quedado impregnados y marcados por el comportamiento realizado por las comunidades humanas. Chile, Argentina, Perú, Panamá, México, Venezuela, Uruguay, Brasil y muchos más países en la América Latina pueden dar cuenta de esta articulación entre comunidad y territorio. Existe, pues, una relación simbiótica entre los seres humanos y sus comunidades nacionales con sus entornos espaciales y territoriales.

2. MODERNIZACIÓN Y POBREZA

Debe quedar claro, por lo expuesto, que existe un vínculo muy estrecho entre comunidad humana y territorio. El *territorio* es el espacio donde se proyecta, plasma y organiza la vida social y económica. El manejo adecuado del territorio reflejará con toda nitidez la destreza y la inteligencia de la *comunidad humana* para sobrevivir y perdurar en el tiempo.

Los seres humanos han ido sorteando las dificultades y han ido saliendo airosos de los desafíos que la realidad natural les imponía. La organización y ocupación del espacio ha sido siempre práctica humana en todos los confines del mundo. La marca de tal configuración y síntesis es tan profunda que no hay manera de separarlas y han dado lugar a ese concepto que llamamos *cultura*, que muestra cuán vinculados están los diversos grupos humanos a sus espacios. Podríamos sugerir que cada cultura expresa una íntima relación de una sociedad específica con la naturaleza. Hay tantas variedades de cultura como vínculos entre sociedades y entorno existen. Gracias a esta relación y a esta tradición de manejo del entorno es que los seres humanos hemos podido sobrevivir en el mundo. Queda claro que no seríamos lo que somos como especie si los primeros grupos humanos no nos hubieran legado esta experiencia. Sin ella no hubiéramos podido sobrevivir.

La modernidad representó un nuevo momento para el desarrollo de la especie humana. La llamada *subjetividad moderna* colocó en el individuo las riendas de su destino. Pero pensamos que el proceso de esa nueva conciencia subjetiva no ha estado a la altura de los nuevos desafíos. En primer lugar, porque son más de 200 años de modernidad y, si bien la especie no está en peligro de extinción, la inmensa mayoría de los seres humanos vive en la pobreza. Las razones de la pobreza se explican principalmente por la desigual redistribución de la riqueza en el mundo. Y, en segundo lugar, porque la manera en que hemos encarado el desarrollo productivo e industrial, propio de nuestra época,

ha intensificado el uso de energía proveniente de recursos fósiles, hecho que ha generado la emisión de gases de efecto de invernadero a un límite impensable. Esto ha puesto en grave riesgo la vida, en general, en el planeta y la vida humana en particular.

De acuerdo con la información del Programa de las Naciones Unidas para la Población (PNUD), los datos son más que elocuentes: solo un quinto de la humanidad —de casi siete mil millones de seres humanos— puede considerarse ajeno a la pobreza. Cuatro quintas partes viven en pobreza y alrededor de un quinto vive en extrema pobreza. La pobreza puede ser un terrible indicador para evaluar el mundo moderno. En esta orientación, la modernización, es decir el proceso social y productivo contemporáneo, no ha llevado a una real superación de la pobreza.

Esperamos equivocarnos con toda sinceridad, pero todos los informes de años recientes sobre desarrollo humano a la vez que indican un incremento de las tasas demográficas globales también anuncian el aumento de la pobreza externa. De los casi nueve mil millones de seres humanos esperados para el 2050, solo en África se encontrarían casi dos mil millones en situación de pobreza extrema para estas fechas; ello significa, sin duda, que lamentablemente la pobreza se incrementará.

En el caso peruano hemos reducido la pobreza extrema a la mitad, de 30% a 16%, como dijo la exministra Carolina Trivelli, que evaluaba la pobreza, al finalizar el gobierno anterior, en 10%. Las cifras para algunos están en 16% y para otros alrededor del 10%. No olvidemos que estamos hablando de alrededor de cuatro millones de peruanos que no superan los 144 soles al mes, aproximadamente. Todo ello a pesar del crecimiento económico que vive el país en estos últimos años. Además no vendría mal reconocer que 150 soles como límite promedio para la pobreza extrema o 250 soles como límite promedio para medir la pobreza no dejan de ser cifras bastante referenciales. Nosotros pensamos que, aun duplicando o triplicando estas cifras, las personas seguirán viviendo en pobreza y creemos que aún nos quedamos cortos.

El modelo económico de la globalización imperante es el que genera y alimenta la desigualdad humana y esta, a su vez, lo reproduce, lo consagra y lo mantiene. Esa relación perversa entre la desigualdad social y la economía —que favorece solo a algunos— es la causa de la pobreza, junto al uso irracional de los recursos naturales, la contaminación, el deterioro de los ecosistemas y, finalmente, la emisión de gases de efecto invernadero que hace más vulnerable, como decíamos líneas arriba, la vida de los pobres. Son, en su mayoría, los pueblos más alejados de la modernidad y de la modernización los que tienen los vínculos más profundos con el entorno natural y son, lamentablemente, también los que expresan con mayor nitidez la pobreza y la insatisfacción de todas las necesidades básicas.

3. POBLACIÓN Y DETERIORO DEL TERRITORIO

Debemos afirmar también que la pobreza no es solo el resultado de un manejo desigual y de la apropiación de la riqueza por unos pocos. Lo es, sin duda, pero la pobreza lleva también a un nítido deterioro del entorno. Digámoslo de mejor manera: la desigualdad social y económica presente en la vida de las sociedades humanas lleva a un empobrecimiento del territorio.

No nos confundamos: no es la pobreza del territorio la que origina la pobreza de la gente. La gente siempre ocupó los territorios que le podían producir beneficios. Los que no le producían beneficios no fueron ocupados. De esta manera, el deterioro producido no se encuentra en los territorios no ocupados por nuestra especie, sino precisamente en los ocupados por ella. El proceso de industrialización al generar desigualdad en las oportunidades y en los beneficios de las personas las ha arrastrado también a un deterioro de las condiciones ambientales y territoriales. En la lucha por enfrentar la pobreza muchas veces los mismos pobres han quebrado y, en muchos casos, destruido ecosistemas que antaño les dieron sustento.

Habrà que reconocer también que el incremento demogràfico, aunado a esta desigualdad econòmica y social existente en las comunidades humanas, ha llevado a un proceso de destrucciòn paulatina del entorno. En el àmbito local, los procesos de migraciòn interna y externa en muchos lugares del planeta, y también en nuestro caso, son muchas veces los causantes de la desertificaciòn, de la pèrdida de biodiversidad, de la contaminaciòn y de la saturaciòn de recursos naturales. La llamada minería ilegal, por poner un solo ejemplo, es una prueba contundente de ello.

4. LA CRÍTICA ES A UN SISTEMA GLOBAL DE PRODUCCIÒN

Efectivamente tanto global como localmente existe una clara y rotunda percepciòn de que hay una responsabilidad muy grave en el modelo productivo que manejamos. La crítica al modelo econòmico ha insistido permanentemente —y desde hace muchísimos años— en que este excluye de los beneficios a la mayoría de la poblaciòn. El modelo, ademàs, no utiliza energía limpia, sino contaminante, y genera diòxido de carbono y otros gases de efecto invernadero. Por ello decimos que la crítica es a un sistema global de producciòn y crecimiento econòmico.

En el àmbito global, le compete a los Estados màs desarrollados la responsabilidad política y econòmica de la emisiòn de gases de efecto invernadero propiciados por sus industrias. De esto no cabe duda, pero debemos decir que esta es solo una parte de la verdad.

No podemos sostener desde una mirada global que las economías emergentes o los países llamados en vías de desarrollo no contribuyen al deterioro del planeta. Muchos de estos y durante bastante tiempo han tenido y tienen una agricultura de exportaciòn que ha eliminado sistemáticamente bosques y forestas. No tienen tampoco reparo para la producciòn minera y para el incremento de sus industrias extractivas que, desde el punto de vista global, son los insumos para las empresas de los países desarrollados.

El proceso fabril contemporáneo empieza en la explotación de fósiles y de minerales en muchos países en desarrollo y continúa en las diferentes industrias productivas de los centros del mundo. Los países productores de materia prima no pueden argüir inocencia en este terreno. Son parte de un sistema productivo global que no está pensando en el bienestar del planeta ni en el de la población humana. El modelo hegemónico productivo y de crecimiento económico contemporáneo, que a su vez arrastra tras de sí a todos los pueblos del mundo, es un modelo que usa en demasía carbono y, con ello, pone en riesgo la vida del propio planeta.

5. LA NECESIDAD DE UN CAMBIO PARADIGMÁTICO DE LA CULTURA HUMANA

¿No puede haber acaso un modelo de crecimiento económico y de desarrollo humano que no utilice carbono y no dañe el planeta? En otras palabras, ¿podría haber un modelo de crecimiento económico que no propicie la pobreza humana y el deterioro del entorno?

El cambio de paradigma que debemos realizar exige una profunda autocrítica sobre la manera cómo hemos reproducido nuestra propia existencia como seres humanos. Esta autocrítica debe expresarse en una rectificación de nuestra práctica.

Se trata, en primer lugar, de preservar la vida en el planeta y, dentro de la vida, la vida de la especie humana. Ese es nuestro objetivo central. Pero este objetivo central no significa que debemos preservar la vida humana a riesgo de perder la vida en el planeta. Eso sería una locura y un gran sinsentido. Lo que hemos hecho históricamente pone en riesgo la vida en el planeta y ha mantenido la pobreza de la gente. La utilización de recursos fósiles como energía no ha sido la mejor manera para impulsar el desarrollo industrial del mundo. Todo lo contrario. Ese camino nos ha llevado al abismo.

Se trata, en segundo lugar, de pensar y organizar un modelo de crecimiento económico bajo en carbono que permita el desarrollo humano y la superación de la pobreza. Este objetivo nos debe llevar a buscar nuevas fuentes de energía. Esa es una tarea estratégica para el mundo de hoy. Energías limpias, ligadas al agua, al sol, al viento, a la biomasa, que nos permitan el diseño de una vida social más humana, más vinculada al entorno y más social. Alejada de las quimeras que nos plantea el autocomprendernos como solo *conciencia* y *pensamiento* sin ningún pie en el mundo.

Se trata, finalmente y en tercer lugar, de enfrentar los desafíos del tiempo presente. No solo debemos tener un nuevo paradigma que piense centralmente en la vida, y en un nuevo modelo político y económico que se base en energías limpias y todo lo que ello implica, sino que debemos enfrentar los riesgos, los desafíos y los desastres que ya tenemos entre manos. Aquí hay varias tareas. Se habla de mitigación y de adaptación.

No cabe duda de que la mitigación es la tarea global fundamental, porque si no hay reducción de las emisiones de gases no habrá manera de controlar el aumento de la temperatura y las consecuencias que de ello se derivan. Sin un control real sobre las emisiones de gases nos encaminamos a un callejón sin salida. Por ello, los acuerdos mundiales son fundamentales, más aún cuando ha vencido el Protocolo de Kioto y el interés nacionalista de los Estados se reaviva con una nueva explotación de petróleo y residuos fósiles en el planeta por parte de algunas grandes economías. Pero, no solo es responsabilidad de las grandes economías, también lo es de las pequeñas, porque todas contribuyen al calentamiento global con la deforestación y la pérdida de suelos.

El tema de la adaptación debe convertirse en una herramienta clave para prever y prevenir los impactos del cambio climático en territorios y espacios vulnerables. Tampoco es una tarea de los países y territorios que se prevé van a ser más afectados —como es el caso del Perú al perder su masa glaciaria—. En realidad es una tarea de todos porque

el planeta es uno y debemos saber que cualquier impacto en un lugar tendrá efectos en los otros.

La adaptación representa una situación límite: o nos adaptamos o no sobrevivimos. Durante siglos hemos sido testigos de que las civilizaciones humanas, animales y plantas que no pudieron adaptarse simplemente desaparecieron. Por ello, si la tarea de mitigación tiene un papel crucial en el esfuerzo mundial por detener las emisiones de gases, la adaptación tiene la gran responsabilidad de organizarnos social y políticamente para una nueva etapa de la vida humana en el planeta.

